



EUGENIA DE MONTIJO  
VISTA POR LA REALEZA DE SU TIEMPO.  
DE ARRIVISTA A EMPERATRIZ VENERADA  
EUGENIA DE MONTIJO SEEN BY THE ROYALTY OF HER  
TIME. FROM ARRIVIST TO REVERED EMPRESS

RICARDO MATEOS SÁINZ DE MEDRANO

RESUMEN

El 2 de diciembre de 1852 el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, hasta entonces presidente de la Segunda República Francesa, proclamaba la creación del Segundo Imperio francés tras un golpe de estado que meses atrás ya había fortalecido los poderes del ejecutivo y disminuido los de las cámaras legislativas, generando con ello un sentimiento de perplejidad entre la vieja realeza europea algunos de cuyos miembros aún recordaban los años convulsos y revueltos en los que su tío, el gran Napoleón, había cambiado para siempre el mapa de Europa. Aquella dinastía de parvenus, los Bonaparte, volvía a jugar con fuerza en el gran tablero europeo y en breve el todo París de los influyentes y de los importantes iba a comenzar a especular sobre el necesario matrimonio del nuevo emperador, quien en sus años de juventud había manifestado su deseo de casarse con su prima hermana la princesa Matilde, hija de su viejo tío Jerónimo Bonaparte que décadas atrás había sido fugaz rey de Westfalia.

**Palabras clave:** Eugenia de Montijo, Napoleón Bonaparte, emperatriz

ABSTRACT

On December 2, 1852, Prince Louis Napoleon Bonaparte, until then president of the Second French Republic, proclaimed the creation of the

Second French Empire after a coup that months ago had strengthened the powers of the executive and diminished those of the legislative chambers. , thus generating a feeling of perplexity among the old European royalty, some of whose members still remembered the turbulent and turbulent years in which their uncle, the great Napoleon, had forever changed the map of Europe. That dynasty of parvenus, the Bonaparte, was once again playing strongly on the great European board and soon the whole of Paris of the influential and important was going to begin to speculate on the necessary marriage of the new emperor, who in his younger years He had expressed his desire to marry his cousin-sister, Princess Matilda, daughter of his old uncle Jerome Bonaparte, who decades ago had been fleeing King of Westphalia.

**Keywords:** Eugenia de Montijo, Napoleon Bonaparte, empress

EL 2 DE DICIEMBRE DE 1852 EL PRÍNCIPE Luis Napoleón Bonaparte, hasta entonces presidente de la Segunda República Francesa, proclamaba la creación del Segundo Imperio francés tras un golpe de estado que meses atrás ya había fortalecido los poderes del ejecutivo y disminuido los de las cámaras legislativas, generando con ello un sentimiento de perplejidad entre la vieja realeza europea algunos de cuyos miembros aún recordaban los años convulsos y revueltos en los que su tío, el gran Napoleón, había cambiado para siempre el mapa de Europa. Aquella dinastía de *parvenus*, los Bonaparte, volvía a jugar con fuerza en el gran tablero europeo y en breve el todo París de los influyentes y de los importantes iba a comenzar a especular sobre el necesario matrimonio del nuevo emperador, quien en sus años de juventud había manifestado su deseo de casarse con su prima hermana la princesa Matilde, hija de su viejo tío Jerónimo Bonaparte que décadas atrás había sido fugaz rey de Westfalia. Un temprano proyecto fallido en tiempos en los que el joven y aventurero príncipe aún intentaba avanzar en su carrera política y ahora, ya emperador y con Matilde ya casada y separada<sup>1</sup>, buscar esposa entre la realeza en ejercicio era algo absolutamente necesario e indispensable para sentar dinastía y para legitimarles tanto a él como a su clan familiar, pues si sus primos Beauharnais habían sido muy bien aceptados en el mercado matrimonial europeo enlazando con los Romanov, los Braganza y la nueva dinastía real sueca, los Bonaparte habían llevado una política matrimonial más pobre en términos de rango

<sup>1</sup>. La princesa Matilde Bonaparte estaba separada desde 1843 de su esposo el riquísimo príncipe ruso Anatole Demidoff di San Donato.

y más endogámica (varios matrimonios entre primos) que todavía les mantenía en una cierta periferia de las grandes e importantes redes de parentesco internacional. El *tout Paris* esperaba la elección de una princesa real.

Sin embargo, pocas casas reinantes se mostraban dispuestas a entregar sus hijas a un príncipe de rango cuestionable y de política autoritaria, y por tanto había que bajar un poco el listón. Así, la primera idea fue buscar candidata entre un puñado de familias de segundo orden, o bien venidas a menos o caídas en desgracia. La primera idea fue la princesa Carola Wasa, que aunque nieta del depuesto rey Gustavo IV Adolfo de Suecia contaba con la ventaja de ser nieta de una Beauharnais y, por tanto, sobrina en segundo grado del nuevo emperador<sup>2</sup>. Carola, que era luterana y carecía de fortuna, se mostró inclinada a aceptar pero su padre el orgulloso príncipe Gustavo, a pesar de ser un príncipe sin tierra y con nulas esperanzas de recuperar el trono sueco<sup>3</sup>, dio una clara negativa a semejante propuesta por considerar a Bonaparte un mero *parvenu* y por preferir en su lugar al católico príncipe heredero Alberto de Sajonia.

Aquella negativa humilló a Napoleón III y le llevó a buscar un acercamiento político a la poderosa Inglaterra<sup>4</sup>, poniendo entonces sus ojos en la segunda princesa Adelaida de Hohenlohe-Langenburg cuyo principal atractivo era el ser sobrina de la reina Victoria de Gran Bretaña<sup>5</sup>. A ese efecto el conde Walewski<sup>6</sup> fue enviado a Londres, donde recibió largas de la soberana británica quien por entonces consideraba a Napoleón un mero déspota y se mostraba muy renuente a emparentar con los Bonaparte. Londres quería evitar aquel matrimonio ganando tiempo en las negociaciones, a pesar de que desde Bruselas el rey Leopoldo I, tío tanto de Victoria como de Adelaida, contemplaba aquel matrimonio como una salvaguarda de los intereses de Bélgica frente al poderío francés. Por su parte el padre de la candidata, el príncipe Ernesto de Hohenlohe-Langenburg, se mostraba partidario de aquella unión siempre que a cambio pudiese llenar las vacías arcas de su casa principesca, muy arruinada desde la revolución de 1848<sup>7</sup>. Por

<sup>2</sup>. El emperador era hijo de Hortensia de Beauharnais, y su prima segunda Estefanía de Beauharnais había casado en 1806 con el entonces gran duque heredero de Baden. Una de las hijas de Estefanía, la princesa Luisa de Baden, casó con el entonces príncipe heredero Gustavo de Suecia siendo madre de Carola.

<sup>3</sup>. Su padre el rey Gustavo IV Adolfo había sido obligado a abdicar en 1809 en favor de su tío el rey Carlos XIII, que al no tener hijos dio paso a que la corona sueca recayese en el general francés Jean Baptiste Bernadotte. Gustavo Wasa consiguió finalmente en 1829 el título de príncipe Wasa del emperador de Austria-Hungría.

<sup>4</sup>. Un acercamiento para el que contó con el apoyo del duque de Cambridge, primo de la reina Victoria, y el duque Ernesto II de Sajonia-Coburgo-Gotha, hermano del príncipe consorte Alberto.

<sup>5</sup>. Su madre, la princesa Feodora de Leiningen, era hermana de madre de la reina Victoria.

<sup>6</sup>. El conde Alejandro Florian Colonna-Walewski, hijo natural de Napoleón I y de la condesa María Walewska.

<sup>7</sup>. Los príncipes de Hohenlohe-Langenburg, en otro tiempo soberanos en sus pequeños territorios del sur de Alemania, habían sido mediatizados en 1806 cediendo su soberanía al reino de

tanto Walewski viajó desde Londres al castillo de Langenburg para entrevistarse con el príncipe Ernesto, pero a su regreso a Francia sin una respuesta claramente afirmativa el emperador dio por concluidas las tratativas<sup>8</sup> y anunció, para desmayo de todos, su matrimonio con una bella aristócrata española afincada en Francia, Mademoiselle de Montijo, que desde tiempo atrás le tenía cautivado de forma completa.

Por entonces poco o nada sabían en las cortes europeas sobre Eugenia de Palafox y Portocarrero, condesa de Teba por derecho propio, cuya ambiciosa madre, la condesa viuda de Montijo, había conseguido entrar en los mejores circuitos y salones de la sociedad parisina tras haber conseguido casar a su hija mayor de la forma más conveniente con el duque de Alba. Por la capital francesa pasaba un sinfín de príncipes, duques y condes del Imperio y de aristócratas de toda suerte y toda procedencia, y en aquel caldo de títulos y de pretensiones Eugenia no era sino una mera condesa española en cuya ascendencia se reparaba poco, pues nadie debió siquiera saber que descendía del gran Hernán Cortés. París bullía de vida social y de posibilidades de promoción para jóvenes lanzadas al mercado matrimonial europeo, y fue en casa del príncipe Pablo de Wurtemberg, en la Place Vendôme de París, donde la sobrina de éste, la princesa Matilde Bonaparte<sup>9</sup>, reparó por primera vez en Eugenia invitándola a partir de entonces, y en varias ocasiones, a su gran mansión de la rue de Courcelles en cuyos salones había sido finalmente presentada en septiembre de 1845 a Luis Napoleón Bonaparte, por entonces príncipe presidente de la República Francesa. Y ahora, siete años después, el todopoderoso Napoleón iba a convertirla en emperatriz para desagradable sorpresa de los propios Bonaparte y de sus primos Beauharnais, Murat y Bacciochi, que anhelaban un nuevo entronque con alguna de las viejas familias reales del continente. Así la influyente duquesa de Hamilton, también nieta de una Beauharnais<sup>10</sup>, se mostró indignada; el viejo Jerónimo Bonaparte exclamó “*si, es bien natural y adecuado amar a Mademoiselle de Montijo pero por supuesto uno no puede casarse con ella*”<sup>11</sup>; y su hermana la orgullosa Matilde escribía, según recogía su sobrino el conde Primoli<sup>12</sup>: “*No pensé que [el emperador] fuese capaz de*

---

Wurtemberg.

<sup>8</sup>. La princesa Adelaida de Hohenlohe-Langenburg terminó casándose en 1856 con el duque Federico de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg.

<sup>9</sup>. La princesa Matilde era hija del viejo Jerónimo Bonaparte, en otro tiempo rey de Westfalia, y de la princesa Catalina de Wurtemberg hermana del príncipe Pablo.

<sup>10</sup>. La princesa María de Baden, que era hija de Estefanía de Beauharnais y que había contraído matrimonio en 1843 con William Douglas-Hamilton, XI duque de Hamilton.

<sup>11</sup>. Murat, princesa Caroline, *My Memoirs*, p. 109.

<sup>12</sup>. El conde José Napoleón Primoli (1851-1927), hijo de la princesa Carlota Primoli que era nieta del fugaz rey de España José Bonaparte.

*un acto imprudente que le pusiese en una falsa posición a los ojos de Europa. Al no casarse con una princesa estaba cometiendo un error*"<sup>13</sup>. Matilde nunca personaría aquella afrenta, pues aún treinta años después su amigo el novelista Maxime du Camp recordaría de aquellos días: *"Uno podía sentir la "vendetta", y el cotilleo corría caliente y con fuerza. La princesa se sintió ultrajada; aquel matrimonio la hacía sentir subordinada y la relegaba a un segundo puesto... Con la cara roja, encendida, salpicando sus palabras con italiano, lo cual era un signo de ira en ella, intentó bromear al describir la varias fases de la ceremonia de boda*"<sup>14</sup>. Nadie parecía estar dispuesto a dar la bienvenida a Eugenia de Montijo.

Entre tanto en Londres se rumoreaba que Eugenia era hija de Lord Clarendon, que en sus años de ministro de Inglaterra en Madrid habría mantenido amores con la condesa de Montijo<sup>15</sup>, y aquellos dichos maledicentes eran recogidos con gusto en La Haya por la reina Sofía de Holanda, de quien se decía que era más bonapartista que los Bonaparte<sup>16</sup>. Sofía estaba muy unida a sus primos hermanos Matilde y Jerónimo Bonaparte, a su vez primos hermanos del emperador, y no estaba dispuesta a aceptar la idea de una Eugenia ambiciosa y frívola capaz de llevar al nuevo imperio a la ruina. Ideas muy extendidas en la corte francesa y que ella compartía con Matilde, que con la llegada de la nueva emperatriz perdía con desagrado su rango de primera dama del imperio. Así Lord Crowley reportaba a Londres desde París: *"Escuchar la forma en la que hombres y mujeres hablan de la futura emperatriz es asombroso. Se me han dicho y repetido cosas, que el emperador ha dicho de ella, y otras que le han dicho a él, que sería imposible que yo pusiese por escrito. De hecho ella ha jugado su juego con él tan bien, que él no puede conseguirla en modo alguno si no es a través del matrimonio, y se casa con ella para gratificar sus pasiones*"<sup>17</sup>. Desde entonces las primas, Sofía y Matilde, liderarían el bando de los grandes detractores de Eugenia en aquella Europa regida por el rango y por la exclusión en base a principios de sangre. A sus ojos una condesa española no tenía rango suficiente para ser emperatriz de Francia.

\* \* \*

<sup>13</sup> . Richardson, Joanna, *Portrait of a Bonaparte*, p. 10.

<sup>14</sup> . Richardson, Joanna, *Princess Mathilde*, p. 69.

<sup>15</sup> . Rumores falsos pues Eugenia había nacido en 1826 y Clarendon había llegado a Madrid en agosto de 1833.

<sup>16</sup> . La princesa Sofía de Wurtemberg, esposa del rey Guillermo III de Holanda, era hija del rey Guillermo I de Wurtemberg y sobrina de la princesa Catalina de Wurtemberg que fue esposa de Jerónimo Bonaparte rey de Westfalia.

<sup>17</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, pp. 14-15.

Difícil le iba a ser a Eugenia poder hacerse un lugar digno entre la realeza y la alta nobleza de su tiempo, pero siendo poseedora de una gran tenacidad se iba a emplear a fondo en ello en momentos en los que todos sus detractores mostraban un gran interés por conocerla más a fondo y más de cerca. Los circuitos rumorológicos ya estaban en marcha, y a la espera de obtener información de primera mano sobre ella Lady Augusta Bruce, que pudo conocerla el día de la gran boda imperial en Notre Dame, la describía en los siguientes términos en carta a la duquesa de Kent, madre de la reina Victoria: “*Sus rasgos finamente labrados, su cutis de mármol, su cabeza noblemente asentada, su figura exquisitamente proporcionada, y sus gráciles movimientos eran de lo más llamativo, y el conjunto era como la visión de un poeta*”. Como vemos, la belleza y la elegancia fueron los primeros atributos de la nueva emperatriz que fueron conocidos por los miembros de la realeza europea, y esas mismas serían las cualidades que desde entonces incluso sus mayores enemigos le reconocerían abiertamente. Pero aún le faltaba mucho camino por recorrer, pues tenía que quebrar las fuertes reticencias de los poderosos frente a lo que consideraban como una mera recién llegada que no pertenecía a las familias de “la sangre”. No obstante, ella se había conseguido abrirse paso a lo más alto, allí donde otras damas pertenecientes como ella a la mejor la nobleza continental habían sido irremisiblemente arrojadas a la denostada tercera parte del Almanaque de Gotha al casar con miembros de familias soberanas.

De ahí que uno de sus mayores empeños fuese, desde el primer momento, recrear durante todo lo que vino en denominarse “el Segundo Imperio” una auténtica corte imperial que no tuviese nada que envidiar a las de Viena o San Petersburgo. Algo que a momentos no dejaría de ahorrarle ciertas críticas, como las de la un tanto amargada Sofía de Holanda que en años posteriores escribiría: “*La emperatriz es muy tonta con lo de María Antonieta. Vistiendo como ella, imitándola, hablando de ella como una santa. Aunque eso no hará daño a nadie, si bien últimamente ha urgido a tomar algunas medidas políticas muy desafortunadas*”<sup>18</sup>. Las acusaciones de ambición y de frivolidad lanzadas contra ella serían muchas a lo largo de los años del reinado de Napoleón, pero Eugenia gustaba de ser emperatriz y contaba con el apoyo de un esposo que con el pasar de los años la haría partícipe de ciertas cotas de poder, quizá como compensación por lo que muy pronto comenzarían a ser sus muchas aventuras galantes. Cuestión aparte iban a ser sus intentos de intervenir en el mercado matrimonial europeo, haciendo incursiones en posibles alianzas importantes aquí y allá en las que su mano se deja entrever. Así fue, por ejemplo, cuando en 1853 fomentó un matrimonio fallido entre la princesa Mary Adelaide de Inglaterra y el príncipe heredero

---

<sup>18</sup> . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 278.

Oscar de Suecia, cuando en 1861 aspiró, también sin éxito, a casar a la princesa Ana Murat<sup>19</sup> con el conde de Flandes, hijo del rey Leopoldo I de Bélgica, o cuando impidió la boda de esta misma princesa con el pretendiente carlista español don Carlos. Sin olvidar sus esfuerzos por mantener los vínculos familiares de los Bonaparte con la familia de los grandes duques de Baden, con los príncipes de Hohenzollern, con los ricos príncipes de Thurn und Taxis, o con los duques de Hamilton, todos los cuales estaban emparentados en grados diversos con miembros de las familias Murat, Beauharnais y Tascher de La Pagerie que formaban parte del grupo de clanes clientelares de los Bonaparte.

Sin embargo el gran espaldarazo a Eugenia por parte de la gran realeza iba a llegarle, de forma inesperada, del exclusivo núcleo de la corte británica. En noviembre de 1854 el duque de Cambridge<sup>20</sup> llegó a París donde quedó muy impresionado con Napoleón y no dejó de observar los encantos de la emperatriz de quien dijo “*es ciertamente muy bella*”<sup>21</sup>, y meses más tarde, en abril del año siguiente, la pareja imperial realizó una visita oficial a Inglaterra. Allí aunque la vieja duquesa de Cambridge, la princesa Augusta de Hesse-Kassel, declaró “*No es ni emperatriz ni princesa, sino solo una mujer con encanto y “comme il faut*”<sup>22</sup>, ella gustó desde un primer momento tanto a la reina Victoria como a su esposo el príncipe Alberto, que quedó fascinado por sus toilettes. Victoria, que era mujer de opiniones firmes en sus afectos y sus antipatías, encontró en Napoleón a un hombre apuesto y su esposo valoró muy positivamente a la pareja imperial. Por tanto aquella visita fue rápidamente devuelta a París en agosto siguiente, con Victoria cada vez más entregada a los encantos de Eugenia a quien encontraba guapa, inteligente, muy coqueta, y apasionada y salvaje como así se lo transmitió a su tío el rey Leopoldo de Bélgica y a su consuegra la reina Augusta de Prusia. Un año después la emperatriz daba a luz a su único hijo, que recibió el nombre de Napoleón Eugenio, y cuyo nacimiento generó un fuerte ataque de rabia y de celos en el príncipe Napoleón Bonaparte hasta entonces primer en la línea sucesoria al trono imperial. El liberal y anticlerical “Plon-Plon”, como el príncipe era conocido en familia, era hijo del viejo rey de Westfalia y hermano de Matilde y siempre mantendría una actitud muy crítica hacia la católica y conservadora Eugenia.

La amistad de la familia real inglesa sería esencial para el futuro de la emperatriz, cuya otra gran valedora en todos los foros sería su vieja amiga de infancia, la reina Isabel II de España, residente en París desde su pérdida del trono español en

<sup>19</sup> . Hija del príncipe Lucien Murat y de Carolina Fraser. Casada en 1865 con Antoine de Noailles, duque de Mouchy.

<sup>20</sup> . El príncipe George de Gran Bretaña, duque de Cambridge y primo hermano de la reina Victoria.

<sup>21</sup> . Saint Aubyn, Giles, *The Royal George 1819-1904*, p. 63.

<sup>22</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 32.

1868. Victoria e Isabel, dos mujeres que conocían bien las dificultades de su sexo en el mundo de los poderosos, serían siempre sus grandes apoyos en un proceso de paulatina aceptación de su persona por parte del selecto grupo de la realeza del momento que acabaría asimilándola como una más. Y todo ello a pesar de las críticas pertinaces de algunos como la reina de Holanda, que en 1860 escribía a su amiga Lady Malet: *“Ella [Eugenia] es frívola, infantil, sin rasgo alguno de dignidad regia. No es ni emperatriz soberana ni gran dama, y aunque ahora ocupa uno de los más grandes tronos de Europa desde hace ya más de diez años, nunca ha alcanzado a entender de los derechos y los deberes de su posición. Es una gran desgracia que se haya convertido en una astilla al lado de él, y no en una auténtica compañera a pesar de toda su gracia y su belleza”*<sup>23</sup>.

Pero frente a las críticas Eugenia desplegaba su belleza, su incuestionable punto de coquetería, sus fabulosos trajes, y su deseo de no sentirse excluida encarnando lo mejor posible, y a su manera, su idea personal de lo que una emperatriz debía de ser. En esa línea ella y Napoleón, que buscaban un acercamiento político al pujante proyecto político de la nueva Italia del rey Víctor Manuel II, vieron con buenos ojos el matrimonio de Plon-Plon con la princesa Clotilde de Saboya, hija del soberano italiano. Sin embargo, a poco de su llegada al palacio de las Tullerías Clotilde recordó a Eugenia cuáles eran su posición y su rango pues cuando ésta, al llegar a una ceremonia de corte, le dijo “no te alarmes, pues pronto te habituarás a mi corte”, ella le respondió *“estoy habituada a la corte de mi padre desde el día en que nací”*<sup>24</sup>. No obstante, nada podía minimizar la posición de Eugenia en aquel segundo imperio francés plagado de ambiciones como la aventura un tanto mesiánica de la creación de un imperio en Méjico auspiciado por Francia, a cuya cabeza se decidió colocar al archiduque Maximiliano de Austria, hermano del emperador Francisco José de Austria-Hungría. Un proyecto que acercaba a los Bonaparte a las cortes de Viena y de Bélgica<sup>25</sup>, pero un más que torpe emprendimiento comenzado con la llegada del nuevo emperador a Veracruz en mayo de 1864 y que terminado en tragedia tan solo tres años después. Un severo revés que gravitaría siempre sobre las conciencias de Napoleón y de Eugenia, y que costó la vida al archiduque, fusilado en Querétaro en 1867, y la salud mental a su esposa la princesa Carlota de Bélgica tal y como dos años antes había vaticinado la reina Sofía de Holanda al escribir en 1865: *“Méjico pinta mal y me temo que los Estados Unidos se mostrarán más imprudentes y más arrogantes que nunca. La locura del emperador ha sido Méjico, y en política la emperatriz ha sido su genio demoníaco. Estoy segura de que el matrimonio no está en bue-*

<sup>23</sup> . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*.

<sup>24</sup> . Holt, Edgar, *Plon-Plon*, p. 141.

<sup>25</sup> . La nueva emperatriz de Méjico era la princesa Carlota de Bélgica, hija del rey Leopoldo I.

*nos términos entre sí*”<sup>26</sup>. No obstante la condesa de Flandes<sup>27</sup>, cuñada de Carlota y de Maximiliano, que viajó a París en aquellos aciagos días siendo recibida en el palacio de Saint Cloud, tuvo una buena impresión de la pareja imperial. “*Él [el príncipe imperial] – escribía – es seductor, guapo y simpático. Tiene muy buen aspecto pero es pequeño para su edad, aunque sus padres también son pequeños... En cuanto a la emperatriz, yo la hubiera creído más bella pero es muy amable... No he visto al emperador mas que el jueves en la cena en las Tullerías, porque se encontraba mal: me gustó mucho*”<sup>28</sup>. Sin embargo el fin trágico de Maximiliano y Carlota fue un duro varapalo para la conciencia de Eugenia, que semanas más tarde marchaba de incognito a la isla de Wight, en Inglaterra para encontrarse con Victoria. “*La querida emperatriz – escribía la reina a su hija la princesa heredera de Prusia – sigue siendo lo que era diez años atrás y, aunque un poco avejentada, estuvo muy, muy amable y gentil*”<sup>29</sup>.

El gran fracaso mejicano no fue el único de los imaginarios del imperio, pues al tiempo que la fallida epopeya mejicana se ponía en marcha en 1863 la pareja imperial había contemplado también la posibilidad de apoyar la creación de una nueva Polonia independiente a cuya cabeza colocar a aquel magnate polaco que era el príncipe Wladyslaw Czartoryski, cuya esposa, María del Amparo Muñoz y Borbón, era hermana de madre de la reina Isabel de España<sup>30</sup>. Una veleidad más mientras en París la corte seguía girando al son de los bailes en los palacios de las Tullerías, de Saint Cloud y de Compiègne, y Eugenia ansiaba poder conocer a la otra gran dama bella y elegante de la gran realeza que era la emperatriz Isabel de Austria, con quien la prensa la hacía rivalizar. Pero pocas ganas tenía la muy esquiva Isabel de aquel encuentro que se fue posponiendo en el tiempo, si bien ambas pudieron finalmente conocerse durante un viaje de penitencia de Eugenia, tras el descalabro mejicano, a Salzburgo en el que, aunque ambas se cayeron bien, no llegaron a intimar por tener muy poco en común y pocas cosas que decirse. Caso distinto al del emperador Francisco José, que si quedó muy encantado con ella. Entre tanto, en 1867 era el zar Alejandro II quien llegaba a París para favorecer un acercamiento entre Rusia y Francia tras la guerra de Crimea. El zar no escatimó sus atenciones a Eugenia, tal y como recogía una vez más por carta la siempre crítica reina de Holanda a la marquesa de Salisbury: “*Me desagrada lo que está sucediendo en París. El “rapprochement” entre Rusia y Francia es una*

<sup>26</sup> . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 271.

<sup>27</sup> . La princesa María de Hohenzollern, esposa del príncipe Felipe de Bélgica, conde de Flandes, que era hija del príncipe Karl de Hohenzollern y de la princesa Antoinette Murat.

<sup>28</sup> . Paoli, Dominique, *Henriette Duchesse de Vendôme*, p. 165.

<sup>29</sup> . Fulford, Roger, *Your Dear Letter*, p. 143.

<sup>30</sup> . María del Amparo Muñoz y Borbón era hija del segundo matrimonio de la reina María Cristina de España con el duque de Riansares.

*calamidad para Europa. Tristemente me temo que la emperatriz, que tiene tanta parcela de poder, quedará presa de los halagos y los regalos. Ella tiene una gran gracilidad, tiene aspiraciones nobles y altas, pero es muy frágil de mente e incapaz de toda reflexión si bien para sus propios intereses es aguda y ciega. El zar de Rusia ha sabido cómo ganársela, y ella servirá a sus planes. Es triste*"<sup>31</sup>.

\* \* \*

Durante aquellos años brillantes del Segundo Imperio la corte francesa fue un hervidero de príncipes, muchos de los cuales recibieron los favores de Eugenia y contribuyeron a su buen nombre. Sirva de ejemplo el afecto con el que ella distinguió siempre a aquel prestigioso consejero de la embajada de Prusia en París, el príncipe Heinrich VII ("Septi") Reuss, que era esposo de la princesa María Alexandrina de Sajonia-Weimar-Eisenach a través de quien emparentaba con las cortes de Holanda y de Rusia. Sin olvidar el apoyo que brindó en todo momento a la destronada reina Isabel de España, cuyos hijos jugaban en el palacio de las Tullerías con el príncipe imperial, quien a su vez contribuyó al amento del buen nombre de la emperatriz entre sus primos los Borbones de las Dos Sicilias y entre algunos de sus grandes amigos como los archiduques Rainiero y María en la corte de Viena. Tanto es así que tras la caída del reino de las Dos Sicilias bajo las tropas de Garibaldi, fueron Eugenia y Napoleón quienes enviaron a la ciudad sitiada de Gaeta el barco *La Mouette* para conducir a los depuestos y baqueteados reyes Francisco II y María Sofía a su primer exilio en Roma. Pero el broche de oro de las ambiciones del imperio fue la inauguración del canal de Suez, ceremonia en la que Eugenia brilló coincidiendo con el emperador Francisco José de Austria que no dejó de mostrar su admiración por ella tal, y como le reprochaba su esposa la emperatriz Isabel al escribirle: "*O sea que ahora está felizmente junto a tu querida emperatriz Eugenia. También me pone celosa pensar que estás desplegando tus encantos en beneficio suyo, mientras que yo estoy aquí sentada y sola y no puedo ni siquiera vengarme*"<sup>32</sup>.

Con todo, las críticas a la emperatriz no faltaron en los últimos años del imperio encabezadas como era habitual por la princesa Matilde y por su prima la reina Sofía de Holanda, que una vez más en enero de 1870 escribía sobre la pareja imperial: "*Su espíritu de auto sacrificio [el del emperador] es raro y él debería de recoger los frutos. En cuanto a ella, es egoísta y alocada, no es mala y ciertamente es más odiada de lo que merece*"<sup>33</sup>. Pero el gran descalabro del imperio francés llegó con la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, instada

<sup>31</sup> . Salisbury, Lady, *A Great Lady's Friendships*, p. 130.

<sup>32</sup> . Corti, Conde, *Elisabeth Empress of Austria*, p. 162.

<sup>33</sup> . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 313

por el reino de Prusia, al trono de España vacante desde la revolución de 1868 que había expulsado a los Borbones. Como hemos visto, los príncipes de Hohenzollern-Sigmaringen formaban parte de la pequeña red de parentescos regios de los Bonaparte, pues Leopoldo era nieto de la citada princesa Estefanía de Beauharnais y de la princesa Antoinette Murat<sup>34</sup>. En calidad de tales, y como escribía la bien informada Lady William Russell, en aquellos años tanto Leopoldo como sus hermanos Karl y Federico habían frecuentado tanto la corte de las Tullerías como las fiestas del palacio de Compiègne. Tanto es así que en 1866 el imperio francés no había puesto impedimentos alguno a que el trono del recién creado reino de Rumania fuese ofrecido a, y aceptado por, el segundo de los hermanos Hohenzollern llamado Karl<sup>35</sup>. Y ahora que el trono de España se encontraba vacante y que el duque de Montpensier, hijo del depuesto rey de los Franceses Luis Felipe de Orleans, se postulaba para ocupar esa corona<sup>36</sup>, Napoleón y Eugenia no vieron en principio mal la idea de proponer al primero o al tercero de los hermanos (Leopoldo y Federico) como candidatos al trono español pues, además, los Hohenzollern gozaban del parentesco y de la intimidad del poderoso rey Guillermo de Prusia con quien el imperio francés prefería no mantener una actitud hostil.

El padre de los jóvenes, el príncipe Karl Anton, estaba por la labor pero mostraba grandes reticencias en relación con el mayor, Leopoldo, por razones tanto políticas como familiares pues el príncipe estaba casado con la infanta Antonia de Portugal. *“Desde el punto de vista político – escribía Karl Anton al rey de Prusia - lo que tiene mayor relevancia es la reflexión según la cual es posible que el gobierno español pueda tener en mente poner en marcha una unión ibérica<sup>37</sup>, o forzar las circunstancias en esa dirección. Para una infanta de Portugal<sup>38</sup>, la idea de aceptar acceder al trono de España sería monstruosa. ¿Cómo podría silenciar su conciencia si tuviera que quedar como espectador mudo y pasivo de una ocurrencia que atentaría directamente contra su familia y contra la tierra en que nació? [...] En segundo lugar, consideraciones familiares dan lugar a la convicción de que la separación de una familia creciente y prometedora de hijos y nietos, supondría un dolor seguro y duradero para su madre<sup>39</sup> y supondría un golpe mortal a su delicada salud”<sup>40</sup>*. Por ello el príncipe proponía a su hijo menor,

<sup>34</sup> . Una sobrina del general Joaquín Murat, esposo de Carolina Bonaparte y rey de las Dos Sicilias entre 1808 y 1815.

<sup>35</sup> . Por aquellas fechas Napoleón y Eugenia propiciaron el matrimonio de Karl con la princesa Ana Murat, que no se llevó a término por la negativa de él a tener que pasar la mitad del año en París.

<sup>36</sup> . El príncipe Antonio de Orleans, duque de Montpensier, apoyaba su candidatura a la corona de España en su matrimonio con la infanta Luisa Fernanda, única hermana de la depuesta reina Isabel.

<sup>37</sup> . La idea de una unión ibérica entre España y Portugal fue recurrente en aquellos años.

<sup>38</sup> . La esposa del príncipe Leopoldo era la infanta Antonia de Portugal, hija de la reina María II.

<sup>39</sup> . La madre del príncipe Leopoldo, la princesa Josefina de Baden, era de salud frágil.

<sup>40</sup> . Bonnin, Georges (editor), *Bismarck and the Hohenzollern candidature for the Spanish Throne*, p. 81.

Federico, aduciendo: “*Lo que le falta no es fortaleza de carácter ni natural inteligencia, sino únicamente la amplia experiencia que un príncipe heredero posee en cierto grado de forma innegable. Aunque no conozco las intenciones de mi hijo, estoy seguro de que mi influencia paternal será lo suficientemente fuerte como para inclinarle a aceptar la corona*”<sup>41</sup>.

Desde Portugal el suegro de Leopoldo, el rey viudo don Fernando<sup>42</sup>, se oponía a que su hija Antonia fuera reina de España, y otros hasta hablaban de casar a Federico incluso con una Borbón. Pero desde Berlín el rey de Prusia no forzaba las cosas dejando la decisión en manos de Federico. Entre tanto, en París la prensa se hacía eco de una información según la cual se pretendía casar a Federico con una de las hijas del duque de Alba, sobrinas de Eugenia. Algo que también recogía Lady William Russell<sup>43</sup> en carta a la marquesa de Salisbury<sup>44</sup>, a su vez gran amiga de la reina Sofía de Holanda, al decir: “*el pretendiente español [Federico] está emparentado con “Napkins” [Napoleón] por línea femenina (una conexión de Estefanía de Beauharnais) y en consecuencia era un amigo querido en Compiègne donde se le propuso una alianza. Casarse con una de las sobrinas (Alba) de Eugenia<sup>45</sup> con la intención patriótica de convertirla en reina de España [...] él declinó y cayó en desgracia, y de ahí la subsiguiente repulsa a su persona por el lado francés. De todo esto estoy segura, pero no me cites cuando escribas a Holanda*”<sup>46</sup>. ¿Filtración interesada a la prensa?, ¿proyecto real? Ciertamente, lo que muchos consideraban como las grandes ambiciones de Eugenia casaba con la peregrina idea de casar a un príncipe alemán con una de sus sobrinas para colocarlos en el trono de España. Pero cuesta creer que ella hubiera alentado un proyecto que atentaba contra los derechos legítimos al trono español de los Borbones, a quienes ella nunca dejó de apoyar en sus años de exilio y de dificultad. Pero lo que sí es cierto es que aquello llegó a oídos del canciller alemán Otto von Bismarck, en momentos en los que en Berlín se negaban aquellas noticias afirmando que Federico consideraba casarse con una princesa de Sajonia-Coburgo-Gotha, con una hija del duque de Montpensier, o con la hija del príncipe Leopoldo de Baviera<sup>47</sup>.

En mayo de 1870 Federico renunció finalmente a toda posibilidad de aceptar la corona de España, mientras que la candidatura de su hermano Leopold continuaba resonando generando crecientes tensiones entre París y Berlin pues de

<sup>41</sup> . Bonnin, Georges (editor), *Bismarck and the Hohenzollern candidature for the Spanish Throne*, p. 81

<sup>42</sup> . El príncipe Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha, viudo de la reina Maria II de Portugal.

<sup>43</sup> . Elizabeth Rawdon, esposa de Lord George Sussell hijo del duque de Bedford.

<sup>44</sup> . Mary Sackville-West, hija del conde de La Warr y esposa de James Gascoyne-Cecil, II marqués de Salisbury.

<sup>45</sup> . María Asunción o María Luisa Fitz-James-Stuart y Portocarrero.

<sup>46</sup> . Salisbury, Lady, *A Great Lady's Friendships*, p. 272

<sup>47</sup> . La princesa Teresa de Baviera, que permanecería soltera.

pronto los Hohenzollern habían caído en desgracia en la corte imperial de París. Toda una larga y compleja sucesión de acontecimientos que sería muy prolijo relatar aquí, pero que a pesar de la negativa final de Leopoldo a la corona de España llevó inevitablemente a la guerra entre Francia y Prusia que como grandes potencias desconfiaban una de otra. Un espinoso asunto que, a la postre, daría al traste con el imperio francés por causa de una guerra de la que Eugenia fue directamente acusada por muchos de sus contemporáneos. Sin embargo, son numerosos los testimonios que años después salieron en defensa de la emperatriz como es el caso de la princesa Carolina Murat<sup>48</sup>, o el de la veces un tanto maledicente princesa Catherine Radziwill, pariente de la familia real prusiana<sup>49</sup>, que en su libro sobre la corte francesa de aquellos años escribe: “*Bien al contrario la emperatriz, que luego sería presentada como quien hizo todo lo que estaba en su poder para decidir a Napoleón a declarar la guerra a Prusia, estuvo lejos de animarle a ello [...] Parece que cuando se vio imposible resistir el clamor público que clamaba venganza contra la insolencia de Prusia (ese era el caso de los chauvinistas que tenían gran poder en aquel momento), como muchos calificaron la candidatura Hohenzollern, la emperatriz se sintió muy molesta [...] y dijo que se sentía muy ansiosa y estaba muy asustada por la responsabilidad que iba a recaer sobre ella cuando se quedase sola como regente en París*”<sup>50</sup>. En cualquiera de los casos, estaba bastante claro que Eugenia ya comenzaba a percibirse incorporada de pleno derecho al complejo entramado de la realeza europea, que también empezaba a considerarla como uno de los suyos.

\* \* \*

La guerra fue declarada en julio de 1870 y Napoleón centró la estructura del mando del ejército en su persona encarando mal el asedio de dos meses de la ciudad de Metz, que a fines de octubre cayó finalmente en manos del príncipe Federico Carlos de Prusia cuando ya el imperio francés se había hundido en la gran derrota de la batalla de Sedán, librada el 1 y 2 de septiembre, y en la que él mismo fue hecho preso por las tropas prusianas. El emperador fue enviado en residencia vigilada al palacio de Wilhelmshöhe<sup>51</sup>, cerca de Cassel, en compañía de su primo el príncipe Achille Murat, mientras la reina Sofía de Holanda clamaba contra la crueldad del rey Guillermo de Prusia de quien decía que se deleitaba

<sup>48</sup> . Hija del príncipe Lucien Murat y de la norteamericana Carolina Fraser. Casada en primeras nupcias con el barón Charles de Chassiron y en segundas con John Lewis Garden.

<sup>49</sup> . La condesa Ekaterina Rzewuska, esposa del príncipe Wilhelm Radziwill que era nieto del príncipe Antonin Radziwill y de la princesa Federica de Prusia.

<sup>50</sup> . Vassili, conde Paul, *France from Behind the Veil*, p. 60.

<sup>51</sup> . En ese mismo palacio había sentado corte entre 1806 y 1813 su tío el rey Jerónimo de Westfalia.

en infligirle sufrimiento. Entre tanto Eugenia, sola en París, veía desmoronarse el imperio con las masas del pueblo ante el palacio de las Tullerías amenazando con invadirlo en cualquier momento. Sacada del palacio, y recorriendo los pasadizos que se extienden por debajo de las galerías del Louvre, alcanzó la casa de su dentista americano, el doctor Thomas Evans, que ordenó preparar un coche en el que finalmente salió camino del puerto de Deauville desde el que pudo llegar a Hastings ya en las costas de Inglaterra. Allí esperó la llegada de su hijo el príncipe imperial, que desde Namur había llegado a Ostende para marchar en barco también hasta Hastings.

Desde el primer momento la reina Victoria de Inglaterra mostró las mayores deferencias hacia Eugenia y su hijo, a quienes decidió proteger bajo sus alas. Como escribe el historiador Theo Aronson, “*para la reina la realeza era una raza aparte. Que Eugenia fuese una parvenue, la esposa del emperador elegido popularmente, es algo que decidió olvidar convenientemente*”<sup>52</sup>. La depuesta emperatriz había llegado a puerto seguro, y de inmediato tomó residencia en una gran casa propiedad de Mr. Strode, un magnate de la prensa, denominada Camden Place y situada en Chislehurst. Aunque él no quiso cobrarle renta alguna, ella insistió en pagarle en momentos en los que los dineros del emperador se estaban yendo en el pago de indemnizaciones de guerra y ella tendría que poner pronto a la venta algunas de sus propiedades en España. Pero nada más instalarse, en noviembre su primer movimiento fue marchar a Wilhelmshöhe para visitar al emperador prisionero, yendo después a la corte de la Haya donde fue recibida por su vieja enemiga la reina Sofía que días después escribía: “*con la emoción correspondiente de ver de nuevo y en el exilio, como una fugitiva, a aquella que yo había dejado tan orgullosa y tan vana, tan impertinente, no pude preguntar y escuchar todo cuanto hubiera querido. Pero pude decir, de forma clara, “Oh, pourquoi avez-vous fait cette guerre?”*”<sup>53</sup>.

De regreso a Chislehurst Eugenia recibió la visita de lady Walburga Paget<sup>54</sup>, persona del entorno íntimo de la reina Victoria, quien relata: “*Lloró mucho. Su cabello, que había sido dorado, estaba bastante gris. No había maquillaje en su rostro, estaba mucho más delgada, y parecía afectada y digna. En ese momento todo mi corazón fue hacia ella, pues había dejado en la puerta la gran parte que ella había tenido en traernos aquella terrible guerra que nos había causado, a mí y a tantos miles, derramar lágrimas tan amargas*”<sup>55</sup>. Días más tarde fue la propia reina quien se desplazó a visitarla, encuentro que describía en carta a su hija la

<sup>52</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 226

<sup>53</sup> . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 321.

<sup>54</sup> . La condesa Walburga von Hohenthal, esposa de Sir Augustus Berkeley Paget y emparentada con los duques de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg.

<sup>55</sup> . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 332.

princesa heredera de Prusia: *“Mi visita fue muy tranquila y muy bien. Es una casa de campo que me recuerda a Orleans House<sup>56</sup>, amueblada completamente como un hogar francés, y todo ello – damas y caballeros incluidos – nos recuerda nuestras visitas a Claremont y a Twickenham. La pobre emperatriz estaba muy pálida, triste y envejecida, pero se mostró dulce y amable, llena de tacto (me recordaba lo que ella era en 1855 en Windsor, pues pienso que cambió después) y sin la menor amargura. Habló de su terrible marcha de París, dijo que rezaba por la paz y preguntó por ti y por Alice. Vestía de negro y de la forma más sencilla posible, un traje de seda (sin ornamentos) y un pequeño velo sobre el pelo. El chico es un niño con encanto pero excesivamente pequeño, más pequeño que Beatriz que es un año más joven que él.”*

La desgracia hacía olvidar viejas amarguras y antiguos resentimientos, y la caída del imperio, el exilio, y la adversidad iban a comenzar a tejer un fuerte halo en torno a Eugenia que en breve iba a hacer relegar al olvido sus orígenes ajenos a la sangre real. Un proceso para el que el apoyo absolutamente fundamental e incuestionable de la familia real británica iba a ser la piedra angular. La reina Victoria era mujer de fuertes apegos emocionales, y Eugenia contó desde entonces con su inquebrantable amistad además de que, según decía la soberana inglesa, *“los Bonaparte son la única dinastía con verdadero arraigo en la imaginación francesa”<sup>57</sup>*. De hecho los mayores detractores de Eugenia estarían siempre entre las filas de la familia de Napoleón, con su vieja enemiga la princesa Matilde a la cabeza. *“Probaré – escribía la princesa – lo que ha venido a ser mi profunda convicción de que ella fue la causa principal de todas nuestras desgracias. Le llevó dieciocho años destruir al emperador, y le agotó. Esta mujer, llamada virtuosa porque no ha tenido amantes, arruinó al mejor y más generoso de los hombres, y con él a nuestro propio país. Socavó nuestra sociedad con su lujo excesivo poniendo la coquetería ilimitada como ejemplo, y dando constantemente mayor importancia a la apariencias externa de los hombres y de las cosas, que a sus cualidades esenciales”<sup>58</sup>*.

Tras 195 días de cautividad Napoleón abandonó Wilhelmshöhe y marchó a Inglaterra a reunirse con su esposa y con su hijo en Candem Place, también protegido bajo las anchas alas de la reina Victoria. Los fondos faltaban, pues durante su cautividad se había visto forzado a vender por 600.000 francos el llamado “palacio de los Césares”, de Roma, para poder hacer frente a los gastos del exilio, vendiéndose después los mejores diamantes de la emperatriz que fueron a

<sup>56</sup> . La mansión campestre del conde de París, jefe de la casa real de Francia, en el valle del Támesis.

<sup>57</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 207.

<sup>58</sup> . Richardson, Joanna, *op. cit.*, pp. 206-207.

parar a manos de príncipes de la India, como el maharajá de Patiala, que se preparaban para la visita del príncipe de Gales al subcontinente indio. Avejentado y derrotado, Napoleón daba signos de debilidad física mientras desde Holanda la reina Sofía seguía cargando las tintas sobre el mal papel de Eugenia. “*Creo que la emperatriz Eugenia – escribía – tiene ataques de desesperación pero en otros momentos, como por ejemplo cuando está en España, disfruta de su libertad. En conjunto es una mujer sin corazón y ha sido la ruina de él. Él tiene corazón pero es perezoso y débil, y para tener la fiesta en paz con ella siempre cedió. Su desgracia fue nombrarla regente en 1869. Eso la echó a perder, giró su cabeza vana, la hizo creer que era capaz, y desde el momento en que se mezcló en política todo fue mal*”<sup>59</sup>.

Una visión totalmente distinta de la que transmiten los testimonios de la familia real británica, pues en aquellos momentos la propia reina Victoria comenzó a cambiar sus opiniones políticas restando al emperador la responsabilidad por la guerra franco-prusiana cuyas culpas colocaba ahora más sobre el gobierno de Berlín. Una opinión refrendada por su yerno el príncipe heredero Federico de Prusia, que tenía claras las responsabilidades del canciller Bismarck en la declaración de guerra. Por ello, y por un verdadero sentimiento de afecto y de solidaridad hacia correligionarios vencidos, Victoria colmó de pequeñas atenciones a los emperadores depuestos que eran recibidos como soberanos tanto en Windsor como en Buckingham. Pero a fines de 1872 la salud de Napoleón daba claros signos de deterioro teniendo que ser operado de piedras en la vejiga urinaria. Una intervención seguida de otra segunda tras la cual le sobrevino la muerte en la noche del 8 al 9 de enero de 1873. Un fuerte golpe para muchos de sus allegados como la reina de Holanda, que volvía a escribir: “*Tiemblo por el futuro de la emperatriz. Es tan impulsiva y tan ignorante, que puede dañarse a sí misma y dañar a su hijo de forma incesante. Carece de dignidad natural, aunque en las recepciones y en los círculos cortesanos sabía jugar su papel de forma maravillosa*”<sup>60</sup>.

A pesar de los deseos del gobierno británico de no ofender a la república francesa, el príncipe de Gales no quiso faltar al entierro del emperador afirmando “*nadie puede equivocarse al mostrar respeto por la grandeza caída*”<sup>61</sup>, siendo acompañado en la ceremonia por su hermano el duque de Edimburgo y por su cuñado el príncipe Christian de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg<sup>62</sup>. Fue enterrado en la pequeña iglesia de St. Mary, en Chislehurst, en medio de una gran multitud siendo Victoria quien regaló el sarcófago. Plon-Plon, cuya relación

<sup>59</sup> . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*.

<sup>60</sup> . Salisbury, Lady, *A Great Lady's Friendships*, p. 364

<sup>61</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 155

<sup>62</sup> . Esposo de la princesa Helena de Gran Bretaña.

con Eugenia no había mejorado mucho a pesar de todas las desgracias acaecidas, se convertía en el jefe del clan Bonaparte y llegó acompañado de su hijo Víctor, gran amigo del joven príncipe imperial, por quien la emperatriz siempre sentiría un afecto especial. Días más tarde Eugenia escribía a la reina: “*Si algo en el mundo pudiera mitigar mi dolor, serían las amables palabras de Vuestra Majestad, aunque mi corazón está roto por la pena*”<sup>63</sup>. Desde entonces, y por voluntad expresa de Victoria que conocía muy bien las penas de la viudez, Eugenia pasaría a formar parte “*de facto*” de la por entonces extensa familia real británica pues siempre se referiría a ella como “*my dear sister the Empress*” (“*mi querida hermana, la emperatriz*”). Cada otoño sería su huésped en tierras escocesas, donde le cedía la propiedad de Abergeldie cercana a Balmoral, y a lo largo de los años los encuentros entre ambas serían muy frecuentes tanto en Windsor como Buckingham o en la isla de Wight donde el Osborne Cottage estaba siempre a su disposición. Una actitud por parte de Victoria que contribuiría a dar solidez a una nueva imagen de Eugenia ante la realeza europea, pues contra ella ya solo se alzaban de tanto en tanto las voces de la reina de Holanda, de la princesa Matilde, y de Plon-Plon que toleraba mal que se contase poco con él en la educación del príncipe imperial a quien ya se hablaba de casar con la infanta Pilar de España, hija de la reina Isabel, con la princesa Thyra de Dinamarca, hermana de la princesa de Gales, y con la princesa Beatriz, hija menor de Victoria.

En 1876 la peculiar emperatriz Isabel de Austria-Hungría no quiso dejar de visitar a Eugenia en Candem Place a su paso por Inglaterra, mientras crecían los rumores del posible matrimonio que nunca se llevaría a término entre el príncipe imperial y la princesa Beatriz. Amigas íntimas en la medida en la que dos soberanas de su tiempo podían serlo, Victoria y Eugenia se mantenían en contacto continuo y en noviembre de 1879 la primera escribía a su hija la princesa heredera Victoria de Alemania: “Por lo que se refiere a la emperatriz Eugenia, se dijo repetidamente que pertenece al partido clerical y ultramontano, algo que yo siempre negué pues pocas veces vi a alguien menos manejado por los curas que ella. Por tanto es totalmente incierto. Nunca va a misa más que los domingos, y los católicos romanos ingleses han sido muy incívicos con ella”<sup>64</sup>. Pero la relación entre ambas damas aún se cimentó más con la trágica muerte del príncipe imperial acaecida en Zululandia el 1 de junio de 1879. Teniente del ejército británico, a petición de Eugenia la reina había concedido al príncipe permiso para ir a África, aunque siempre bajo la protección y la atenta mirada del barón de Chelmsford encargado de proveerle de una fuerte escolta. Sin embargo en una de sus escapadas aquel príncipe de disposición romántica acabó siendo lanceado por los zulúes

---

<sup>63</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 156

<sup>64</sup> . Fulford, Roger, *Beloved Mama*, p. 57.

falleciendo por causa de esas heridas, lo cual generó una enorme consternación entre la familia real británica.

Victoria, que se encontraba en Balmoral en tierras de Escocia se apresuró a escribir: “*Estoy muy abrumada por las impresionantes noticias, y entregada a un enorme dolor por la querida emperatriz que lo ha perdido todo*”<sup>65</sup>. Pronto todos se desplazaron a visitar a Eugenia en Chislehurst, y tras su encuentro con ella el duque de Cambridge escribía sobre la emperatriz: “*se comportó maravillosa y heroicamente en su terrible desgracia y en su dolor. Su destino es terrible de contemplar. Toda esperanza en la vida perdida para siempre con este querido y galante chico. Yo siento el corazón roto. Ni una palabra no generosa pasó por sus labios*”<sup>66</sup>. Y su hermana la duquesa de Teck<sup>67</sup>, que estaba muy apegada al difunto príncipe, se manifestaba escribiendo: “*¡Oh, qué terrible catástrofe es esto!. Y como sangra nuestro corazón por la pobre y desolada emperatriz, cuyo dolor es tan grande*”<sup>68</sup>. El príncipe de Gales, por su parte, no quiso faltar al sepelio, afirmando: “*él habría sido un soberano admirable y, al igual que su padre, habría sido un auténtico gran aliado de este país*”<sup>69</sup>. Aquella gran nueva tragedia en su vida sancionó para siempre el respeto y la devoción de todo el gran circuito regio por una Eugenia que treinta años antes había sido mirada con tan gran recelo. Tanto es así que aunque el príncipe imperial fue enterrado junto a su padre en la iglesia de St. Mary, en Chislehurst, la reina Victoria mandó erigir un monumento en su memoria que hizo colocar en la capilla real de St. George, en el corazón del castillo de Windsor, encarando para ello cierta oposición por tratarse de un príncipe católico.

\* \* \*

Viuda y habiendo perdido a su hijo, en el otoño de 1880 Eugenia decidió abandonar Candem Place y, tras vender su *Villa Eugenia* de Biarritz a una sociedad financiera española por 14 millones de reales, se decidió a adquirir una propiedad en la campiña inglesa adquiriendo al editor Mr. Longman la casa y la propiedad denominadas Farnborough Hill por 1.250.000 francos. Una residencia en el condado de Hantshire ubicada a escasa distancia de Bagshot Park, la gran propiedad de la corona británica a la que en aquel mismo año se mudaron el duque de Connaught, hijo de Victoria, y su esposa la princesa Luisa Margarita de

<sup>65</sup> . St. Aubyn, Giles, *The Royal George 1819-1904*, p. 182.

<sup>66</sup> . St. Aubyn, Giles, *The Royal George 1819-1904*, p. 182.

<sup>67</sup> . La princesa María Adelaida de Gran Bretaña, prima hermana de la reina Victoria y esposa del duque Francisco de Teck.

<sup>68</sup> . Teck, Duquesa María Adelaida de, *A Memoirs of H.R.H. Princess Mary Adelaide Duchess of Teck*, p. 108.

<sup>69</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 163.

Prusia. Unos vecinos con los que desde entonces ella mantendría una relación cercana, si bien nunca podría olvidar que la duquesa era hija de aquel príncipe Federico Carlos de Prusia que había dirigido el sitio de la ciudad de Metz dando con ello un golpe de muerte al Segundo Imperio francés. En cualquier caso, desde entonces Farnborough Hill se convertiría en lugar de visita obligada tanto para los numerosos miembros de la extensa familia real británica como para todos los príncipes extranjeros de paso por Inglaterra, pues Eugenia ya se había convertido en un icono de la majestad de otros tiempos. A aquella casa llena de tesoros y de recuerdos del pasado fueron ese mismo año de 1880 la princesa Helena de Gran Bretaña, también hija de Victoria, y sus hijas María Luisa y Helena Victoria de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg. “*La emperatriz – escribe la princesa María Luisa – se mantendría verdaderamente bella hasta el final de sus días. Sus rasgos perfectos eran como los de un camafeo finamente labrado. Pero, oh, qué triste era su expresión en aquel bello rostro, y una se daba perfecta cuenta de estar en presencia de alguien que había pasado por el horror del sufrimiento hasta sus límites más extremos*”<sup>70</sup>.

Otra de sus visitantes, cuando llegaba a Inglaterra, era la princesa heredera Victoria de Prusia, también hija de Victoria, que sentía adoración por ella y que escribía a su hija la princesa heredera Sofía de Grecia<sup>71</sup>: “*La anfitriona perfecta era la emperatriz Eugenia. Nadie pudo llegar a su nivel*”<sup>72</sup>. Sin embargo la mejor amiga de la emperatriz sería siempre la princesa Beatriz de Inglaterra, antigua su-puesta novia del príncipe imperial, que en 1885 contrajo finalmente matrimonio con el príncipe Enrique de Battenberg. Su amistad sería grande e imperecedera y por ello en 1887 Eugenia sería una de las madrinas de la única hija de Beatriz, Victoria Eugenia, que aunaba en su persona los nombres de la reina y de la emperatriz. Su proximidad era tal que, por influencia de Eugenia, Beatriz se acercó a los ritos propios la Alta Iglesia de Inglaterra, que en su aspecto formal y litúrgico se aproximaban a la iglesia de Roma. Una cercanía de la que en todo momento participaba la reina Victoria que siempre salía en defensa de Eugenia. Así cuando en aquellos años algunos príncipes de Orleans<sup>73</sup>, pretendientes al trono de Francia y también residentes en Inglaterra, fueron a Windsor a visitarla mientras la emperatriz se encontraba invitada allí Victoria escribió a Beatriz, que le hacía las veces de secretaria, para decirle enfáticamente: “*No, en modo alguno pospongas la visita. Si alguien la pospone, han de ser ellos. Los Orleans son mis parientes,*

<sup>70</sup> . María Luisa, princesa, *My Memories of Six Reigns*.

<sup>71</sup> . La princesa Sofía de Prusia, esposa del príncipe heredero Constantino de Grecia y abuela de la reina doña Sofía de España.

<sup>72</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 225.

<sup>73</sup> . El príncipe Felipe de Orleans, conde de París y esposo de la infanta Isabel de Orleans y Borbón, jefe de la casa real de Francia y residente en Inglaterra.

*pero la emperatriz es mi amiga y eso es algo mucho más sagrado para mí*<sup>1</sup>. Los Orleans, también muy cercanos a la familia real británica, coincidían en ocasiones con Eugenia que, por su parte, no se ahorró esfuerzos para impedir el matrimonio del duque de Orleans<sup>2</sup> con su sobrina la princesa María Letizia Bonaparte<sup>3</sup>, por entonces ya viuda del duque Amadeo de Aosta y a quien se sentía muy unida. Algo que no gustaba a orleanistas como el conde Alfred de Grammont, cuya opinión sobre ella era de lo más negativa. “*La emperatriz – escribía – nunca pensó más que si misma. Era celosa, rencorosa, hasta malvada, perseverante en sus antipatías o en sus odios. Como soberana estuvo por encima de todo, con una ligereza y una inconsecuencia inauditas*”.

Entre tanto habían surgido grandes diferencias entre Plon-Plon y su hijo y heredero el príncipe Víctor sobre el futuro político del Bonapartismo, y la emperatriz no dudó en dar su apoyo al segundo a quien desde la muerte del príncipe imperial había acogido con gran frecuencia en Farnborough. Le llevaba consigo al castillo de Windsor en sus visitas a Victoria, y ahora le garantizó una renta de dos mil francos por mes. Según Lucien Daudet: “*La emperatriz se aplica a hacer hablar a su sobrino, entra en grandes gastos por él, y le trata como a un soberano. Él es respetuoso y cortés con ella. Una inmensa cortesía recíproca. ¿Ternura profunda?*”<sup>4</sup>. Pero la pérdida de su hijo también había impulsado a Eugenia a comenzar una larga serie de viajes tanto por Europa como por otros continentes, y para ello adquirió el yate *The Thistle*. Así en 1884 estaba en Roma en el palacio de la princesa Carlota Bonaparte, y a su paso por París nunca faltaban sus visitas a su otra gran amiga la reina Isabel de España en el palacio de Castilla, como fue el caso en junio de 1891. También comenzó a realizar viajes frecuentes a Francia instalándose tanto en París, donde contrató de forma permanente habitaciones propias en el Hotel Continental con vistas a los jardines de las Tullerías, como en la Costa Azul donde en 1892 se hizo construir una hermosa propiedad, la *Villa Cynos*, en Cap Martin. En otoño solía viajar a Escocia invitada por la reina Victoria, y en invierno ambas se veían en la Costa Azul pues la reina se instalaba en la localidad de Cimiez, cercana a Cap Martin. También se veían en la isla de Wight, a donde ella llegaba puntualmente todos los años a bordo del *Thistle* para no perderse las famosas regatas de Cowes que en el mes de agosto congregaban a toda una multitud de príncipes de Europa. Las muestras de afecto y de respeto nunca le faltaban por parte de la soberana inglesa quien, estando en Cimiez en 1898, dejó claro que aunque sí lo hacía con la emperatriz no estaba dispuesta a

<sup>1</sup>. Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 202

<sup>2</sup>. El príncipe Felipe de Orleans, duque de Orleans e hijo de los condes de París.

<sup>3</sup>. La princesa Maria Letizia Bonaparte, hija de Plon Plon y de la princesa Clotilde de Saboya y segunda esposa del duque Amadeo de Aosta, fugaz rey de España.

<sup>4</sup>. Paoli, Dominique, *Clémentine princesse Napoleon, 1872-1955*, p. 177

recibir al entonces presidente de la República Francesa, Félix Faure, como a un igual.

En 1894 la emperatriz recibió en Farnborough Hill la visita del emperador Guillermo II de Alemania que quedó fascinado por aquella figura del pasado, en verano de ese año recibió en *Villa Cynos* a la emperatriz Isabel de Austria, y en 1897 navegó hasta Grecia donde se encontró con la reina Olga y con la princesa heredera Sofía en Atenas. Le gustaban los viajes por el Mediterráneo, y en la isla griega de Corfú nunca dejaba de visitar a la emperatriz de Austria en su hermosa propiedad llamada *Achilleion*. Viajes que luego relataba a Victoria en sus habituales encuentros mientras que en París, a donde llegaba de incógnito como condesa de Pierrefonds, solía encontrarse con aquel gran amante de Francia que era el príncipe de Gales. Eugenia contaba con grandes amigos entre la gran sociedad francesa, tenía una influencia política reconocida, y su estrecha relación con la familia real británica la colocaba en una buena posición para fomentar lo que luego sería la *Entente Cordiale* entre Inglaterra y la República Francesa.

\* \* \*

En el verano de 1900 Victoria ya daba signos de fragilidad y su hija la emperatriz viuda Victoria de Alemania estaba diagnosticada de cáncer. Eugenia ofreció a esta última la *Villa Cynos* para una estancia en la Costa Azul, y en verano se encontró por última vez con Victoria en la isla de Wight. Eugenia presentía que aquel sería su último encuentro, y así fue pues la reina falleció en enero de 1901 dejándola desolada. “*Es una pérdida inmensa para mí – escribía – pues era una amiga muy cercana a mi corazón, siempre buena y afectuosa; un apoyo en mi vida de tantas pruebas. Nunca me he sentido más extraña o más sola en este país. Me siento profundamente triste y desesperanzada*”<sup>5</sup>. No obstante con el Nuevo reinado siguió gozando de la amistad de los reyes Eduardo y Alejandra, que le mantuvieron todas las muestras de afecto de Victoria. Poco después fallecía también la emperatriz viuda Victoria de Alemania, y tres años más tarde era el turno de la reina Isabel de España. Eugenia la había visitado en febrero de 1904, y la reina, aunque resfriada, no quiso dejar de acompañarla al exterior para despedirse de ella agravándose entonces su dolencia que acabó con su vida en el mes de abril.

Se iba quedando sola, pero la importancia de su figura y el peso de su influencia en los circuitos regios iban a hacerse claramente manifiestos cuando en 1904 comenzó a hablarse de la necesidad de casar al joven rey Alfonso XIII de España, que pronto comenzaría a buscar a su futura reina entre las princesas de Europa.

---

<sup>5</sup> . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 229.

Todas las quinielas apuntaban a la princesa Patricia, hija de los duques de Connaught, que como hemos visto eran vecinos de Eugenia quien, sin embargo, estaba dispuesta a poner todos sus esfuerzos en convertir en reina de España a su ahijada Victoria Eugenia de Battenberg. Para ello no se ahorró energías influyendo sobre su amigo el marqués de Villalobar, adjunto a la embajada de España en Londres, desacreditando a la duquesa de Connaught y dejando saber su opinión en la corte de Madrid a través de su sobrino el influyente duque de Alba. Como Villalobar<sup>6</sup> escribía al secretario de la reina María Cristina a Madrid: *[A la emperatriz] le gusta la familia de los Duques [de Connaught] mucho menos que la de la princesa Beatriz [de Gran Bretaña]. Ésta es su gran amiga. Los Duques, vienen mucho por ser vecinos, pero creo yo que no olvida nunca la pobre emperatriz, que la Duquesa es hija del vencedor de Metz. Cuando al leer periódicos sobre todo españoles (que aquí vienen todos) se ha dicho algo de lo de la boda Connaught Ella siempre dice: “La Reina [Cristina] hará lo mejor seguramente y Ella sabe mucho, pero es lástima que en Madrid no conozcan a la princesa Ena. Esa sí que se haría católica, pero yo en nada de este género me quiero meter” [...] veré ahora antes de irme de donde saco y como encuentro algún retrato de esta princesa Ena que es hija de la princesa Beatriz hermana también del Rey de Inglaterra, y el cariño tan entrañable de la emperatriz por ella viene de que se habló de casar al Príncipe Imperial con la Princesa Beatriz*”<sup>7</sup>. Una influencia que no se le ocultó a la prensa española, pues el diario conservador *La Correspondencia de España* comentaba que un diplomático extranjero cuyo nombre no se desvelaba habría declarado: *“dicen otros que la futura reina de España será una princesa de Hesse, a quien patrocina la emperatriz Eugenia”*<sup>8</sup>.

A pesar de negarlo ella misma, su influencia en el matrimonio del rey de España fue capital pues, según escribe Melchor de Almagro San Martín: *“El gobierno español solicitó reservadamente de su embajador en Londres [...] informes sobre la princesa Ena de Battenberg. El documento que los contenía, verídicos e imparciales, relativos a su nacimiento, fortuna y posición en la Corte inglesa, no resultaba muy afecto a la proyectada unión. El marqués de Villalobar, que era entonces consejero de nuestra embajada cerca del rey de Inglaterra, tenía amistad particular con la emperatriz Eugenia, quien resueltamente apoyaba la boda”*<sup>9</sup>. Aquel compromiso matrimonial fue un éxito personal suyo, pues hasta se barajó que la ceremonia de conversión al catolicismo de la joven princesa tuviese lugar

<sup>6</sup> . Rodrigo de Saavedra y Vinent, marqués de Villalobar y notable diplomático su tiempo.

<sup>7</sup> . Carta del marqués de Villalobar a Alfonso de Aguilar, 12 de diciembre de 1904, AGP, Alfonso XIII, secretaria particular reina Cristina, caja 25.024, exp. 1.

<sup>8</sup> . *La Correspondencia de España*, 16 de febrero de 1905.

<sup>9</sup> . Almagro San Martín, Melchor de, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, p. 152.

en su villa de Cap Martin. Una deuda de afecto que los reyes de España siempre le reconocerían.

Ubicada en el centro de las redes de influencia de la gran realeza, la emperatriz se había convertido en una anciana venerable y venerada a quien ya no quedaban apenas críticos. Sus enemigas atávicas la reina Sofía de Holanda y la princesa Matilde Bonaparte habían fallecido años atrás, y aunque los Bonaparte nunca fueron grandes admiradores suyos (hasta la joven e inteligente princesa María<sup>10</sup> decía de ella que su único atributo había sido la belleza), se sentía muy unida a la citada princesa Letizia viuda del duque de Aosta. Algo que nos da una idea de su apertura de mente pues era sabido de todos que Letizia era una dama muy criticada en la corte italiana por tener una mala reputación y un amante oficial<sup>11</sup>. En todas partes se la trataba con deferencia, la prensa seguía sus pasos, y siempre era tenida en cuenta en la corte de Londres donde continuó gozando de la amistad y de los buenos gestos de los nuevos reyes Eduardo y Alejandra, y también de los príncipes de Gales, Jorge y Mary. En 1906 se desplazó a Estocolmo donde fue recibida por el rey Oscar y su familia, y comenzando el verano marchó en su yate a Corfú lugar de veraneo de la familia real griega, prosiguiendo luego hacia el principado de Montenegro donde fue recibida por el príncipe soberano Nicolás, y recalando finalmente en Venecia. En julio llegó a Viena, pues meses atrás había manifestado al emperador Francisco José su deseo de volver a verle, y éste envió un tren especial para recogerla mostrándole todo tipo de atenciones. Se rumoreó que aquella visita tenía como intención allanar el camino de la que próximamente haría el rey Eduardo de Inglaterra a Austria-Hungría, y el anciano emperador y la exiliada emperatriz se encontraron en la villa imperial de Bad Ischl en la que almorzaron juntos en dos ocasiones. Hubo excursión campestre y paseos por los jardines, filtrándose a la prensa que Eugenia devolvió a Francisco José una carta en la que éste había propuesto en 1870 a Napoleón III una alianza entre Francia y Austria contra el reino de Prusia.

Un año más tarde, en agosto de 1907, el *Thistle* se encontraba en aguas de los fiordos noruegos y el emperador de Alemania que navegaba por allí en su yate solicitó permiso para acercarse a visitarla. “*En dos ocasiones – escribía Guillermo II – visité a la emperatriz Eugenia. La primera cuando fui desde Aldershot a su castillo de Farnborough, y la segunda a bordo de su yate en las aguas de Noruega, cerca de Bergen. Fue un acto de cortesía que me pareció perfectamente natural dado que me encontraba cerca suyo*”. Eugenia no podía olvidar la caída de su imperio a manos del nuevo imperio alemán pero, como

---

<sup>10</sup> . La princesa María Bonaparte, hija del príncipe Rolland Bonaparte y esposa del príncipe Jorge de Grecia.

<sup>11</sup> . La princesa Letizia heredaría de la emperatriz la *Villa Cynos* de Cap Martin.

confesó por entonces a la princesa María Luisa de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, nieta de la reina Victoria: *“Hija mía, nadie que haya experimentado una revolución podría desear, ni a su mayor enemigo, pasar por los horrores que ello supone. No, no deseo que Guillermo II pueda caer víctima de la ira y de la desilusión de su pueblo”*<sup>12</sup>. Meses más tarde, en noviembre, los reyes de España, Alfonso y Victoria Eugenia, fueron a visitarla a Farnborough como siempre harían en sus numerosos viajes a Inglaterra en aquellos años. Muy española, Eugenia se sentía muy vinculada a los Borbones de España y siempre dispuesta a ayudar allí donde fuere necesario. Tal fue el caso en 1908 cuando, a petición del rey Alfonso, se sintió obligada a intervenir en las complejas tratativas del matrimonio entre el infante Alfonso de Orleans y la princesa Beatriz de Sajonia-Coburgo-Gotha según recuerda la madre de ésta, la duquesa viuda María. *“El otro día – escribía la duquesa – fuimos a casa de la emperatriz Eugenia tras el almuerzo. Ella envió a todos sus huéspedes al jardín porque quería hablar conmigo de los asuntos de Baby [su hija la princesa Beatriz], y tenía consigo a un diplomático español que es un antiguo amigo de Baby y quien, evidentemente, la había instruido de forma precisa sobre lo que debía de decirme. Y así la anciana dama me recitó su lección de memoria sin dejarme decir una palabra. Era confuso, molesto, y hasta cómico ver a esta vivaz aunque muy vieja dama hablar como un embajador. Fue casi hasta muy aburrido porque, por lo general, ella era muy divertida y muy natural y yo solía pasármelo muy bien con ella. También ella se sentía incómoda, pero una vez que hubo recitado su lección, todos sus huéspedes aparecieron de nuevo”*<sup>13</sup>.

Ese mismo verano decidió viajar a Ceilán pasando por Egipto y Port Said, lugares todos en los que fue recibida y atendida por los gobernadores generales locales por indicación expresa del rey de Inglaterra. Viajes en los que siempre iba acompañada por sus sobrinos españoles hijos de los duques de Tamames<sup>14</sup> y por su dama la española y también prima Antonia Bejarano y Cabarrús casada con Monsieur Pierre Lescuyer d’Attainville<sup>15</sup>. Viajera impenitente, en 1910 se encontraba en Nápoles y ese mismo año marchó a París para asistir a la boda de su sobrino el conde de Mora, Fernando Mesía y Fitz-James-Stuart, con María Solange de Lesseps. En enero de 1912, y camino de la Costa Azul, visitó Bélgi-

<sup>12</sup> . María Luisa, princesa, *My Memoirs of Six Reigns*, p. 190.

<sup>13</sup> . Carta de la duquesa viuda María de Sajonia-Coburgo-Gotha a su hija la princesa heredera María de Rumania, escrita desde el Chateau de Fabron, de Cannes, el 11 de mayo de 1908. Papeles del legado John Wimbles en depósito en el Archivo Orleans-Borbón de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

<sup>14</sup> . Ángela, María Luisa, José María y Fernando Mesía y Fitz-James-Stuart.

<sup>15</sup> . Antonia Bejarano y Cabarrús casaría en terceras nupcias en con Félix Bacciocchi-Adorno, secretario personal de la emperatriz.

ca donde fue muy bien recibida en las calles hospedándose en casa del príncipe Víctor Napoleón a donde fue a verla el rey Alberto I. Clementina, la esposa de Víctor, le pidió ser madrina de su hija María Clotilde y encontró que *“a pesar de su edad es impresionante, está llena de vivacidad. Estamos contentos de rodearla, de amarla”*<sup>16</sup>. Y en mayo de ese mismo año fue ella quien recibió en la Villa Cynros a los reyes Federico VIII y Luisa de Dinamarca. Un encuentro del que su buen amigo Lucien Daudet recuerda: *“El almuerzo (que fue muy bueno) también fue – inesperadamente – muy agradable e incluso entretenido. La emperatriz estuvo brillante, Gegé [el conde Primoli] muy divertido, y el rey (que es ingenioso) pareció disfrutarlo como si no fuese realeza”*<sup>17</sup>.

A pesar de su avanzada edad su influencia política aún se hacía sentir, pues todavía tras caída de la monarquía portuguesa en 1910 el rey Alfonso XIII utilizó sus servicios de intermediación en momentos en los que el soberano se planteaba una posible invasión de Portugal con la idea de una hipotética unión ibérica. El rey pidió al citado marqués de Villalobar, ahora embajador de España en Lisboa, que marchase a Inglaterra para entrevistarse con el marqués de Lavradio, persona influyente en el entorno del depuesto rey Manuel de Portugal, y Villalobar eligió como lugar de encuentro la casa de la emperatriz en Farnborough Hill. Todo quedó en una mera quimera, pues el depuesto monarca luso nunca hubiera validado una intervención de aquella naturaleza en su país y Eugenia, que estuvo presente en el encuentro, afirmó rotunda: *“Si no cuentan con el ejército, no vale la pena intentar cosa alguna”*<sup>18</sup>. Y es que, aunque anciana, todavía conservaba mucha de su vivacidad y sus casas de Farnborough Hill y de Cap Martin continuaban siendo el epicentro de una intensa actividad social tanto en Inglaterra como en la Costa Azul. Para todos era *“la emperatriz”*, a secas, pero algunos particularmente puntillosos en cuestiones de rangos y de formas, como era el caso de la orgullosa duquesa viuda María de Sajonia-Coburgo-Gotha, gran duquesa de Rusia por nacimiento, no olvidaban, a pesar de su simpatía por ella, su no pertenencia por nacimiento al gran circuito regio. Así cuando en febrero de 1912 fue a visitarla a Villa Cynros, no dejó de escribir a su hija la princesa heredera de Rumania para decirle: *“Esta destronada Majestad es siempre muy amable, aunque de algún modo una siempre percibe en ella a la “ex parvenue”. Aún es muy guapa, aunque ahora está muy vieja con la piel amarilla y arrugada... Se movió por todas partes para traernos unas sillas que colocar alrededor de una mesa muy incómoda. Insistió en que yo me sentase en un sillón muy bajo, y como protesté trajo un enorme cojín de aire inflado sobre el que me balanceé*

<sup>16</sup> . Paoli, Dominique, *Clémentine princesse Napoleon, 1872-1955*, p. 150

<sup>17</sup> . Richardson, Joanna, *Portrait of a Bonaparte* p. 283

<sup>18</sup> . Lavradio, marqués de, *Memórias do sexto marquês de Lavradio*, p. 192.

*con considerable incomodidad, pues nunca en mi vida encontré placentero un cojín de aire*"<sup>19</sup>.

Pero el estallido de la Gran Guerra en 1914 vino a cambiar de forma completa tanto las viejas formas de funcionar de la realeza de tiempos de la *Belle Époque*, como los entramados de relaciones familiares en familias ahora divididas en bandos muchas veces trágicamente enfrentados. De la noche a la mañana la vida cambió para todos y así el príncipe Víctor Bonaparte, que no podía luchar en el ejército francés y no podía establecerse en una Bélgica ocupada de la que era originaria su esposa la princesa Clementina, se vio obligado a aceptar el hospedaje de Eugenia en Farnborough. Unos meses antes ella había adquirido por 300.000 francos el parque de la Malmaison, que había regalado al estado francés, y ahora transformó un ala de Farnborough Hill (que se cerró a toda vida social) en hospital para oficiales heridos y puso su yate, el *Thistle*, a disposición del almirantazgo británico. Instalaciones hospitalarias que los reyes Jorge V y Mary fueron a visitar en el mes de octubre antes de que ella marchase a pasar el invierno en Torquay, pues no era caso de viajar a la Costa Azul donde la villa de Cap Martin tuvo que cerrarse por unos años. Siempre activa y colaboradora con las tareas que implicó la guerra, en julio de 1915 fue a visitar el hospital fundado en Tottenham por el príncipe de Gales, y con el final de la guerra sus numerosas acciones en favor de los heridos le ganaron la Gran Cruz del Imperio Británico que el rey quiso entregarle en persona y en presencia de sus hijos el príncipe de Gales y el duque de York.

Sola y convertida en un auténtico icono, sus grandes contemporáneos ya habían fallecido dejándola como casi único testigo de tiempos más gloriosos. La emperatriz de Austria había sido asesinada, sus amigas Isabel II de España y Victoria de Inglaterra se habían ido casi con el cambio de siglo, y hasta el viejo emperador de Austria había fallecido en 1916. Su vida ya se iba apagando, pero sobre ella no faltan los testimonios de aquellos últimos años, pues con el fin de la guerra Farnborough Hill había vuelto a abrirse a la vida social. Testimonios siempre favorables y de personajes notables como la música y compositora Ethel Smyth, que describía sus movimientos como un poema lleno de gracia andaluza. Y del mismo modo en el invierno de 1919-1920 regresó a su *Villa Cynos* donde volvió a recibir a su amiga la princesa Daisy de Pless, a la duquesa Letizia de Aosta, al joven príncipe Luis Napoleón y al mismísimo Sha de Persia.

A fines de abril de 1920 decidió viajar a España instalándose primero en el palacio sevillano de las Dueñas, propiedad de su sobrino el duque de Alba, a

---

<sup>19</sup> . Carta de la duquesa viuda María de Sajonia-Coburgo-Gotha a su hija la princesa heredera María de Rumanía, Cannes, 15 febrero 1912. Papeles del legado John Wimbles en depósito en el Archivo Orleans-Borbón de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

donde fueron a visitarla sus otros sobrinos la duquesa de Santoña y el duque de Peñaranda y también su ahijada la reina Victoria Eugenia y sus hermanos los marqueses de Carisbrooke<sup>20</sup>. En mayo llegó a Madrid donde recibió el homenaje de toda la sociedad, y en junio pasó por una operación de cataratas llevada a cabo por el prestigioso doctor Barraquer falleciendo de un ataque agudo de uremia en el palacio de Liria el 11 de ese mes, cuando ya planeaba regresar de Inglaterra. La corte de Madrid decretó 21 días de luto oficial siendo el infante Fernando de Baviera quien presidió, junto al duque de Alba, el velatorio en nombre del rey Alfonso por ser el único miembro de la familia real que se encontraba en una ciudad que le rindió los honores propios de una soberana. Su féretro marchó por tren hacia París acompañado por un séquito de 70 personas, y allí fue recibido por los príncipes Luciano, Joaquín y Pablo Murat quienes junto al duque de Alba lo condujeron en barco hasta el puerto de Southampton. En Inglaterra se unieron al cortejo el príncipe Víctor Napoleón y su esposa la princesa Clementina de Bélgica, al tiempo que los reyes de España, de visita en el país, decidían retrasar su regreso a Madrid para presidir las exequias. En Londres el arzobispo católico de Westminster, Monseñor Bourne, ofició un solemne funeral en el que se vio a la reina de Inglaterra particularmente conmovida, y el entierro tuvo lugar en la abadía de Saint Michael, en Farnborough siendo Eugenia enterrada entre su esposo y su hijo en presencia de los reyes de España, de los exiliados reyes Manuel II y Amelia de Portugal, los príncipes Víctor y Clementina Napoleón, representantes de los reyes de Italia y de Suecia, y un gran contingente de la extensa familia real británica: el duque de Connaught, las princesas Luisa y Beatriz de Gran Bretaña, la princesa María Luisa de Schleswig-Holstein, el conde de Athlone, y la marquesa de Carisbrooke. Su vieja amiga la reina madre Alejandra se hizo representar por el conde de Hove y la duquesa de Albany por Lord Seymour. Un rey en ejercicio, un rey depuesto, y el jefe del Clan Napoleón para despedir a la vieja arribista de otros tiempos ahora devenida figura querida y venerada, y siempre bajo las alas de los herederos de la gran reina Victoria.

---

<sup>20</sup> . Lord Alexander Mountbatten y su esposa Lady Irene Denison.

## BIBLIOGRAFÍA

- Almagro San Martín, Melchor de, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, Ediciones Atlas, 1946.
- Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, Londres, Cassell, 1972
- Aronson, Theo, *The Golden Bees. The Story of the Bonapartes*, New York, New York Graphic Society, 1964.
- Bertin, Celia, *La dernière Bonaparte*, Paris, Perrin, 1982.
- Bonnin, Georges (editor), *Bismarck and the Hohenzollern candidature for the Spanish Throne. The documents in the German diplomatic archives*, Londres, Chatto & Windus, 1957.
- Corti, Conde, *Elisabeth Empress of Austria*, London, Thornton Butterworth, 1936.
- Defrance, Olivier, *Léopold Ier et le clan Cobourg*, Paris, Les Racines de l'Histoire, 2004.
- Fulford, Roger (ed.), *Beloved Mama. The Private Correspondence of Queen Victoria and the German Crown Princess 1878-1885*, Londres, Evans Borthers, 1981.
- Fulford, Roger (ed.), *Your Dear Letter: Private Correspondence of Queen Victoria and the Crown Princess of Prussia 1865-1871*, Londres, Evans Brothers, 1971.
- Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague. The Letters of Queen Sophie of The Netherlands to Lady Malet, 1842-1877*, Londres, Duke University Press, 1989.
- Holt, Edgar, *Plon-Plon. The Life of Prince Napoleon (1822-1891)*, London, Michael Joseph, 1973.
- Lavradio, marqués de, *Memórias do sexto marquês de Lavradio*, Lisboa, Editorial Nova Ática, 2004.
- María Luisa, princesa, *My Memoirs of Six Reigns*, Londres, Evans Brothers, 1957.
- Mateos Sáinz de Medrano, Ricardo, *Alfonso y Ena, la boda del siglo*; Madrid, La Esfera de los Libros, 2019.
- Mension-Rigau, Éric, *L'Ami du prince. Journal inédit d'Alfred de Gramont (1892-1915)*, Paris, Fayard, 2011.
- Murat, princesa Caroline, *My Memoirs*, London, Eveleigh Nash, 1910.
- Paget, Lady Walburga, *Embassies of Other Days and further recollections of Walburga, Lady Paget*, Londres, Hutchinson & Co., 1923.
- Paoli, Dominique, *Clémentine princesse Napoleon, 1872-1955*, Paris, Éditions Duculot, 1992.
- Paoli, Dominique, *Henriette Duchesse de Vendôme 1870-1948*, Paris, Racine, 2000.
- Richardson, Joanna, *Princess Mathilde*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1969.
- Richardson, Joanna, *Portrait of a Bonaparte. The Life and Times of Joseph-Napoleon Primoli 1851-1927*, Londres, Quartet Books, 1987.
- Saint Aubyn, Giles, *The Royal George 1819-1904*, Londres, Constable, 1963.
- Salisbury, Lady, *A Great Lady's Friendships. Letters to Mary, Marchioness of Salisbury countess of Derby (1862-1890)*, London, Macmillan and Co., 1933.

- Teck, Duquesa María Adelaida de, *A Memoirs of H.R.H. Princess Mary Adelaide Duchess of Teck. Based on her private diaries and letters*, Londres, John Murray, 1900.
- Vassili, conde Paul, *France from Behind the Veil: Fifty Years of Social and Political Life*, London, Cassell and Co., 1914.